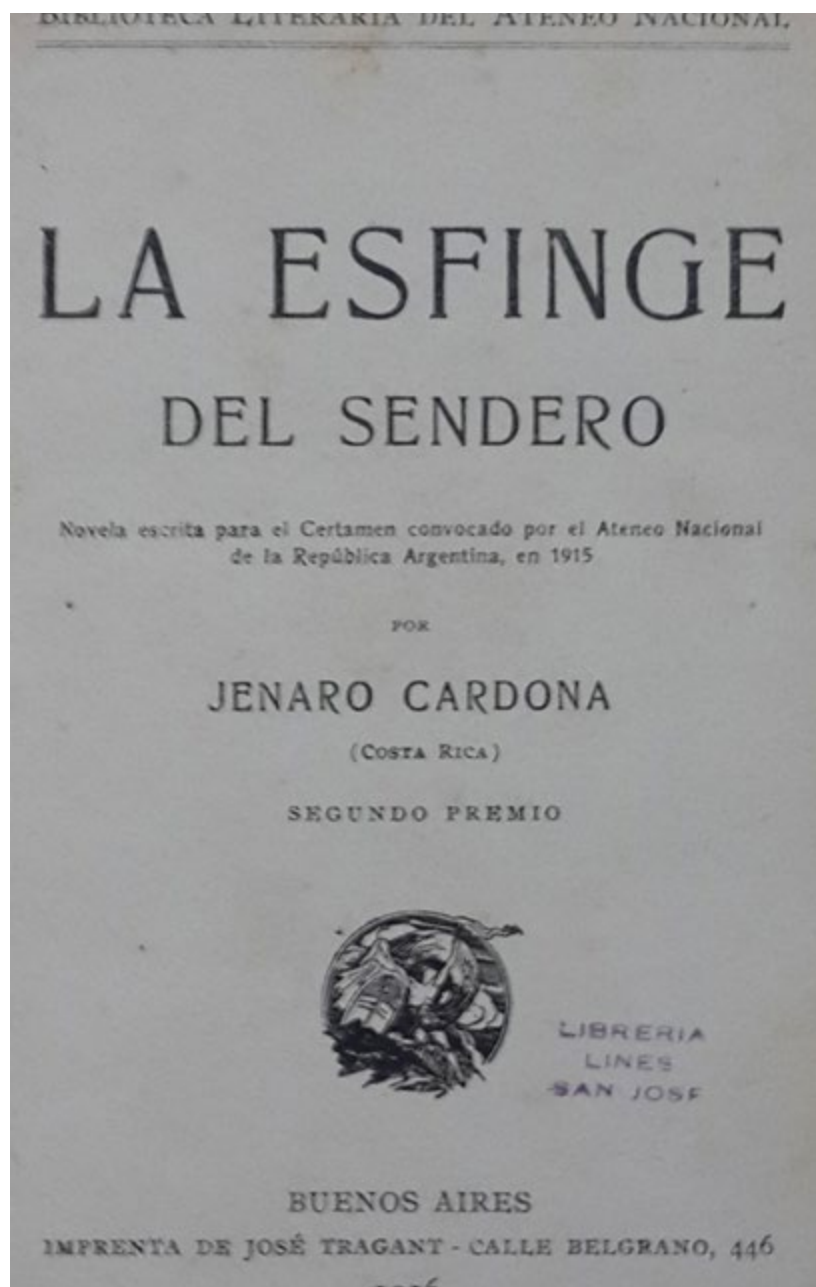


## 8 La esfinge del sendero

Jenaro Cardona



Es una de las más robustas novelas nacionales. Alcanzó, y lo merecía, el segundo premio en el certamen literario del Ateneo Nacional de la República Argentina. El primero fue discernido a Martínez Zubiría por su interesante novela La casa de los cuervos. En el extranjero, una victoria bien ganada. En su tierra nativa, el olvido inmerecido. Basta decir que ni en la Biblioteca Nacional es posible encontrar uno solo de los ejemplares que de esta novela se editaron en Buenos Aires. De los intelectuales costarricenses, muy pocos poseen ese volumen que magnífica idea da de las aptitudes artísticas de quien la supo idear y realizar.

Todo ser humano sigue, consciente o inconscientemente, la ruta que quiso escoger al iniciar su peregrinación por la existencia. Cada uno de ellos, se da cuenta, en un determinado minuto, de que el propio sendero está cerrado. Una esfinge, y como tal enigmática, se levanta diciendo al pasajero: no es esta la senda tuya, vuelve atrás y elige otra que tal vez sea menos difícil de seguir.

¡Ojalá en ella seas más venturoso y llegues al final sin tropiezo alguno! Sin que otra esfinge haga inútiles los esfuerzos realizados.

De las múltiples facetas que el espíritu humano puede presentar, Cardona escoge la del sacerdocio, tal fácil para unos tan llena de obstáculos para los más.

Ante el padre Félix la esfinge del sendero, la piedra de toque no significa nada. ¿Qué importa que la Iglesia le exija una u otra cosa? Con no cumplir lo ordenado, con olvidar la promesa

pronunciada al recibir los hábitos, la esfinge abandona el sendero y puede seguirse adelante aun cuando se lleve el espíritu lacerado por tanta felonía.

Qué le importa al padre Félix ser padre de una encantadora zagala y sembrar, en aquel vientre, sagrado para él, una nueva existencia. ¡Él no sabe de la fidelidad de las promesas! La hipocresía es su única devoción.

También, el padre Juan Bautista, admirable figura en la novela hizo votos de mansedumbre y de castidad. No hay duda de que en el sendero por él recorrido hubo de encontrarse, en múltiples ocasiones, frente a la esfinge que provoca la duda, cuando no obliga a renunciar a los votos hechos. Sin embargo, no hubo nunca vacilación alguna en su alma de pureza infinita. La fe que saturaba su conciencia hizo que se desvaneciera la imagen de la esfinge: el paso hacia lo perfecto queda siempre libre.

Para el padre Juan Bautista, el sendero no termina a los pies de la enigmática figura de pecho turgentes, de alas abiertas hacia un infinito tenebroso. La senda iluminada atraviesa el cuerpo de granito de la intrusa; sigue más allá: su único límite es el paraíso.

Rafael María, el protegido por el padre Bautista, escoge voluntariamente el sendero del sacerdocio. Fue muy triste su infancia para no buscar, en aquella actividad que le parece única, la paz que necesita su espíritu atribulado.

Se aproxima al altar de los votos eternos llevando en el alma un Impetuoso torbellino porque en él se han fijado miradas de radiante dulzura de Engracia, una muchacha fuerte, de las que tanto elogian los versículos del Libro Santo.

No es el perfume, que trastorna los sentidos, de la voluptuosidad, no es el sortilegio invencible de lo por siempre prohibido. Es la eterna lucha del asceta que sabe que el espíritu es fuerte y la carne débil en demasía, que comprende que la virtud es la conciencia invencible de la propia energía espiritual.

Para salvarse de embrujo, Juan Bautista aconseja el matrimonio a la doncella seductora. Así abre el abismo sin límite en su conciencia llena de inquietudes.

Ella es desgraciada: tiene un marido a quién dominan los vicios. Su infortunio inmenso es culpa del joven sacerdote que ha querido sublimar el propio amor hasta el sacrificio olvidando que así llena de angustia la vida de Engracia. Al darse cuenta de la injusticia comedia, exclama, sin esperanza alguna: ¡Dios mío, aparta de mí este cáliz!

El Dios invocado le recuerda que debe ser digno hijo espiritual de aquel padre Juan Bautista, santo de corazón. Surge, en la memoria del joven sacerdote, el consejo del inolvidable protector suyo: antes de que la hipocresía manche de traje de apóstol, despójate de él primero; sigue enseguida, los impulsos de tu alma.

Hace polvo la esfinge del sendero. Abandona el sacerdocio para proteger a Engracia, la mujer fiel cual ninguna, para salvar la propia alma que iba camino a la perdición.

No llega al Calvario de resplandores inefables. Se acerca confiado al tabor fulgurante en compañía de la virgen de su alma, a quién recibe como esposa en el santuario de su conciencia.

Son admirables los múltiples detalles psicológicos esparcidos en cada una de las páginas de este recio libro de pensamiento